

Benito Pérez Galdós

Los apostólicos

Episodios Nacionales, 19
Segunda serie



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Cuarta edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Francisco Lacoma y Fontanet: *Fernando VII de España* (detalle). Museo Romántico, Madrid. © Album / Joseph Martín
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-975-2
Depósito legal: M. 8.452-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
21	Dos
33	Tres
37	Cuatro
44	Cinco
47	Seis
57	Siete
64	Ocho
68	Nueve
74	Diez
82	Once
87	Doce
95	Trece
101	Catorce
108	Quince
113	Dieciséis
121	Diecisiete
129	Dieciocho
136	Diecinueve
144	Veinte
152	Veintiuno
159	Veintidós
165	Veintitrés
172	Veinticuatro

176	Veinticinco
185	Veintiséis
195	Veintisiete
205	Veintiocho
216	Veintinueve
225	Treinta
235	Treinta y uno
246	Treinta y dos
253	Treinta y tres
262	Treinta y cuatro
267	Treinta y cinco

Uno

Tradiciones fielmente conservadas, y ciertos documentos comerciales que podrían llamarse el Archivo Histórico de la familia de Cordero, convienen en que doña Robustiana de los Toros de Guisando, esposa del héroe de Boteros, falleció el 11 de diciembre de 1826. ¿Fue peritonitis, pulmonía matritense o tabardillo pintado lo que arrancó del seno de su amante familia y de las delicias de este valle de lágrimas a tan digna y ejemplar señora? Éste es un terreno oscuro, en el cual no ha podido penetrar nuestra investigación ni aun acompañada de todas las luces de la crítica.

Esa pícara Historia, que en tratándose de reyes y príncipes, no hay cosa trivial ni hecho insignificante que no saque a relucir, no ha tenido una palabra sola para la estupenda hazaña de Boteros, ni tampoco para la ocasión lastimosa en que el héroe se quedó viudo con cinco hijos, de los cuales los dos últimos vinieron al mundo después que el giro de

los acontecimientos nos obligó a perder de vista a la familia Cordero.

Cuando murió la señora, Juanito Jacobo (a quien se dio este nombre en memoria de cierto filósofo que no es necesario nombrar) tenía dos meses no cumplidos, y por su insaciable apetito, así como su berrear constante, declaraba la raza y poderoso abolengo de Toros de Guisando. Sus bruscas manotadas y la fiereza con que se llevaba los puños a la boca, ávido de mamarse a sí mismo por no poder secar un par de amas cada mes, señales eran de vigor e independencia, por lo que don Benigno, sin dejar de agradecer a Dios las buenas dotes vitales que había dado a su criatura, pasaba la pena negra en su triste papel de viudo; y ora valiéndose de cabras y biberones, cuando faltaban las nodrizas; ora buscando por Puerta Cerrada y ambas Cavas lo mejor que viniera de Asturias y la Alcarria en el maleado género de *amas para casa de los padres*; ya desechando a ésta por enferma y a aquélla por desabrida, taimada y ladrona; ya suplicando a tal cual señora de su conocimiento que diera una mamada al muchacho cuando le faltaba el pecho mercenario, era un infeliz esclavo de los deberes paternos, y perdía el seso, el humor, la salud, el sueño, si bien jamás perdía la paciencia.

En las frías y largas noches, ¿quién sino él habría podido echarse en brazos la infantil carga y acallar los berridos con paseos, arrullos y cantorrios? ¿Quién sino él habría soportado las largas vigiliass y el cuneo incesante y otros muchos menesteres que no son para contados? Pero don Benigno tenía un axioma que en todas estas ocasiones penosas le servía de grandísimo consuelo, y recordándolo en los momentos de mayor sofoco, decía:

—El cumplimiento estricto del deber en las diferentes circunstancias de la existencia, es lo que hace al hombre buen

cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia. El rodar de la vida nos pone en situaciones muy diversas, exigiéndonos ahora esa virtud, más tarde aquélla. Es preciso que nos adaptemos, hasta donde sea posible, a esas situaciones y casos distintos, respondiendo según podamos a lo que la Sociedad y el Autor de todas las cosas exigen de nosotros. A veces nos piden heroísmo, que es la virtud reconcentrada en un punto y momento; a veces paciencia, que es el heroísmo diluido en larga serie de instantes.

Después solía recordar que Catón el Censor abandonaba los negocios más arduos del gobierno de Roma para presenciar y dirigir la lactancia, el lavatorio y los cambios de vestido de su hijo, y que el mismo Augusto, señor y amo del mundo, hacía otro tanto con sus nietecillos. Con esto recibía don Benigno gran consuelo, y después de leer de cabo a rabo el libro del *Emilio*, que trata de las nodrizas, de la buena leche, de los gorritos y de todo lo concerniente a la primera crianza, contemplaba lleno de orgullo a su querido retoño, repitiendo las palabras del gran ginebrino: «Así como hay hombres que no salen jamás de la infancia, hay otros de quienes se puede decir que nunca han entrado en ella, y son hombres desde que nacen».

Con estos trabajos, que hacía más llevaderos la satisfacción de un noble deber cumplido, iba pasando el tiempo. El primer aniversario del fallecimiento de su mujer renovó en Cordero las hondas tristezas de aquel luctuoso día, y negándose al trivial recreo de la tertulia de amigos y parroquianos, cerró la tienda y se retiró a su alcoba, donde las memorias de la difunta parecían tomar realidad y figura sensible para acompañarle. El segundo aniversario halló bastante cambiadas personas y cosas; la tienda había crecido, los niños también. Juanito Jacobo, ni un ápice merma-

do en su constitución becerril, atronaba la casa con sus gritos y daba buena cuenta de todo objeto frágil que en su mano caía. En el alma de don Benigno iba declinando mansamente el dolor, cual noche que se recoge expulsada poco a poco por la claridad del nuevo día.

En el tercer aniversario (11 de diciembre de 1829) el cambio era mucho mayor, y don Benigno, restablecido en la majestad de su carácter sencillo, bondadoso y lleno de discreción y prudencia, parecía un soberano que torna al solio heredado después de lastimosos destierros y trapisondas. No dejaron, sin embargo, de asaltarle en la mañanita de aquel día pensamientos tristes; pero al volver de la misa conmemorativa que había encargado, según costumbre de todo aniversario, y oído devotamente, en Santa Cruz, viósele en su natural humor cotidiano, llenando la tienda con su activa mirada y su atención diligente. Después de cerrar la vidriera para que no se enfriara el local, palpó con suavidad cariñosa las cajas que contenían el *género*; hojeó el libro de cuentas; pasó la vista por el *Diario* que acababan de traer; dio órdenes al mancebo para llevar a dos o tres casas algunas compras hechas la noche anterior; cortó un par de plumas con el minucioso esmero que la gente de los buenos tiempos ponía en operación tan delicada, y habría puesto sobre el papel algunos renglones de aquella hermosa letra redonda que ya sólo se ve en los archivos, si no le sorprendieran de súbito sus niños, que salieron de la trastienda cartera en cinto, los libros en correa, la pizarra a la espalda y el garrote en la mano para pedir a padre la bendición.

—¡Cómo! —exclamó don Benigno entregando su mano a los labios y a los húmedos hociquillos de los Corderos—. ¿No os he dicho que hoy no hay escuela?... Ahora caigo en que no me había acordado de decíroslo; pues ya había pen-

sado que en este día, que para nosotros no es alegre y para toda España será, según dicen, un día felicísimo, todos los buenos madrileños deben ir a batir palmas delante de ese astro que nos traen de Nápoles, de esa Reina tan ponderada, tan trompeteada y puesta en los mismos cuernos de la luna, como si con ella nos vinieran acá mil dichas y tesoros. Hablo también con usted, apreciable *Hormiga*; pase usted..., no me molesta ahora ni en ningún momento.

Dirigíase don Benigno a una mujer que se había presentado en la puerta de la trastienda, deteniéndose en ella con timidez. Los chicos, luego que oyeron el anuncio feliz de que no había escuela, no quisieron esperar a conocer las razones de aquel sapientísimo acuerdo, y despojándose velozmente de los arreos estudiantiles, se lanzaron a la calle en busca de otros caballeritos de la vecindad.

—Tome usted asiento —añadió Cordero dejando su silla, que era la más cómoda de la tienda, para ofrecérsela a la joven—. Ayude usted mi flaca memoria. ¿Qué nombre tiene nuestra nueva Reina?

—María Cristina.

—Eso es... María Cristina... ¡Cómo se me olvidan los nombres!... Dícese que este casamiento nos va a traer grandes felicidades, porque la napolitana..., pásmese usted...

El héroe, después de mirar a la puerta para estar seguro de que nadie le oía, añadió en voz baja:

—Pásmese usted..., es una francmasona, una insurgente, mejor dicho; una real dama en quien los principios liberales y filosóficos se unen a los sentimientos más humanitarios. Es decir, que tendremos una Reina domesticadora de las fierezas que se usan por acá.

—A mí me han dicho que ha puesto por condición para casarse que el Rey levante el destierro a todos los emigrados.

—A mí me han dicho algo más —añadió Cordero, dando una importancia extraordinaria a su revelación—; a mí me han dicho que en Nápoles bordó secretamente una bandera para los insurrectos de..., de no sé qué insurrección. ¿Qué cree usted? La mandan aquí porque si se queda en Italia da la niña al traste con todas las tiranías... Que ella es de lo fino en materia de liberalismo ilustrado y filosófico, me lo prueba, más que el bordar pendones, el odio que le tiene toda la turbamulta inquisidora y apostólica de España y Europa y de las cinco partes del globo terráqueo. ¿Estaba usted anoche aquí cuando el señor de Pipaón leyó un papel francés que llaman la *Quotidienne*? ¡Barástolis! ¡Y qué herejías le dicen! Ya se sabe que esa gente, cuando no puede atacar nuestro sistema gloriosísimo a tiros y puñaladas, lo ataca con embustes y calumnias. Bendita sea la princesa ilustre que ya trae el diploma de su liberalismo en las injurias de los realistas. Nada le falta, ni aun la hermosura; y para juzgar si es tan acabada como dicen los papeles extranjeros, vamos usted y yo a darnos el gustazo de verla entrar.

La persona a quien de este modo hablaba el tendero de encajes no tenía un interés muy vivo en aquellas graves cosas de que pendía quizás el porvenir de la patria; pero llevada de su respeto a don Benigno, le miraba atenta y pronunciaba un sí al fin de cada parrafillo. Conocida de nuestros lectores desde 1821*, esta discreta joven había pasado por no pocas vicisitudes y conflictos durante los ocho años transcurridos desde aquella fecha liberalesca hasta el año quinto de Calomarde, en que la volvemos a encontrar. Su carácter, altamente dotado de cualidades de resistencia y

* Véase *El Grande Oriente* (Segunda serie).

energía, que son como el antemural que defiende al alma de los embates de la desesperación, era la causa principal de que las desgracias frecuentes no desmejorasen su persona. Por el contrario, la vida activa del corazón, determinando actividades no menos grandes en el orden físico, le había traído un desarrollo felicísimo, no sólo por lo que con él ganaba su salud, sino por el provecho que de él sacaba su belleza. Ésta no era brillante ni mucho menos, como ya se sabe, y más que belleza en el concepto plástico era un conjunto de gracias accesorias, realzando y como adornando el principal encanto de su fisonomía la expresión de una bondad superior.

La madurez de juicio y la rectitud en el pensar, el don singularísimo de convertir en fáciles los quehaceres más enojosos, la disposición para el gobierno doméstico, la fuerza moral que tenía de sobra para poder darla a los demás en días de infortunio, la perfecta igualdad del ánimo en todas las ocasiones, y, finalmente, aquella manera de hacer frente a todas las cosas de la vida con serenidad digna, cristiana y sin afán, como quien la mira más bien por el lado de los deberes que por el de los derechos, hacían de ella la más hermosa figura de un tipo social que no escasea ciertamente en España, para gloria de nuestra cultura.

—Los que no la ven a usted desde el año 24 —le dijo aquel mismo día don Benigno observándola con tanta atención como complacencia— no la conocerán ahora. Me tengo por muy feliz al considerar que en mi casa ha sido donde ha ganado usted esos frescos colores de su cara, y que bajo este techo humilde ha engrosado usted considerablemente...; digo mal, porque no está usted como mi pobre Robustiana, ni mucho menos...; quiero decir, proporcionalmente, de un modo adecuado a su estatura

mediana, a su talle gracioso, a su cuerpo esbelto. Beneficios de la vida tranquila, de la virtud, del trabajo, ¿no es verdad?... Todos los que la vieron a usted en aquellos tristes días, cuando a entrambos nos pusieron a la sombra y colgaron al pobre Sarmiento...

Este recuerdo entristeció mucho a la joven, impidiendo que su amor propio se vanagloriase con los elogios galantes que acababa de oír. Eran ya las once de la mañana, y vestida como en día de fiesta para acompañar a don Benigno, esperaba en la tienda la señal de partida.

—Aguarde usted; voy a hacer un par de asientos en el libro—dijo éste sentándose en su escritorio—. Todavía tenemos tiempo de sobra. Iremos a la casa de don Francisco Bringas, de cuyos balcones se ha de ver muy requetebién toda la comitiva. Los pequeños se quedarán con mi hermana, y llevaremos a Primitivo y a Segundo. ¿Están vestidos?

Los dos muchachos, de doce y diez años, respectivamente, no tenían la soltura que a tal edad es común en los polluelos de nuestros días; antes bien, encogidos y temerosos, vestidos poco menos que a mujeriegas, representaban aquella deliciosa perpetuidad de la niñez que era el encanto de la generación pasada. Despabilados y libertinos en las travesuras de la calle, eran dentro de casa humildes, taciturnos y frecuentemente hipócritas.

Gozosos de salir con su padre a ver la entrada de la cuarta Reina, esperaban impacientes la hora; y formando alrededor de la joven grupo semejante al que emplean los artistas para representar a la Caridad, la manoseaban so pretexto de acariciarla, le estrujaban la mantilla, arrugándole las mangas y curioseando dentro del ridículo. A cada instante acudía la joven a remediar los desperfectos que los dos inquietos y pegajosos muchachos se hacían en su propio ves-

tido, y ya atando al uno la cinta de la gorra o cachucha, o abotonándole el casaquín, ya asegurando al otro con alfileres la corbata, no daba reposo a sus manos ni podía quitárselos de encima.

—No seáis pesados —les dijo con enfado su padre— y no so-béis tanto a nuestra querida Hormiguita. Para verla, para darle a entender que la queréis mucho, no es preciso que le pongáis encima esas manazas..., que sabe Dios cómo estarán de limpias, ni hace falta que la llenéis de saliva besu-queándola...

Esta reprimenda les alejó un poco del objeto de su adoración; pero siguieron contemplándola como bobos, cortados y ruborosos, mientras ella, la sonrisa en los labios, reparaba tranquilamente las chafaduras de su vestido y las arrugas del encaje, para abrir luego su abanico y darse aire con aquel ademán ceremonioso y acompasado, propio de la mujer española.

Entretanto, allá arriba, en la vivienda de la familia, oíase batahola y patadillas con llanto y becerreo, señal del pronunciamiento de los dos Corderos menores, Rafaelito y Juan Jacobo, rebelándose contra la orden que les dejaba encerrados en casa, en la fastidiosa compañía de la tía Crucita.

—Ya escampa —dijo Cordero señalando al techo con el rabo de la pluma—; oiga usted al pueblo soberano que aborrece las cadenas... Verdad que mi hermana no es de aquellas personas organizadas por la Naturaleza para hacer llevadero y hasta simpático el despotismo.

Y dejando por un momento la escritura, entró en la trastienda, dirigiendo hacia arriba, por el hueco de la tortuosa escalerilla, estas palabras:

—Cruz y Calvario, no les pegues, que harta desazón tienen con quedarse en casa en día de tanto festejo.

–Idos de una vez a la calle y dejadme en paz –contestó de arriba una voz nada armoniosa ni afable–, que yo me entenderé con los enemigos. Ya sé cómo he de tratarles... Eso es, marchaos vosotros, marchaos al paseíto tú y la linda Marizápalos, que aquí se queda esta pobre mártir para cuidar serpentones y aguantar porrazos, siempre sacrificada entre estos dos cachidiablos... Idos enhorabuena...; a bien que en la otra vida le darán a cada cual su merecido.

Violento golpe de una puerta fue punto final de este agrio discurso, y en seguida se oyeron más fuertes las patadillas infantiles de los Corderos y el sermoneo de la pastora.

–Siempre regañando –dijo don Benigno con jovialidad– y arrojando venablos por esa bendita boca, que, con ser casi tan atronadora como la de un cañón de a ocho, no trae su charla insufrible de malas entrañas ni de un corazón perverso. Mil veces lo he dicho de mi inaguantable hermana, y ahora lo repito: «Es la paloma que ladra».

Esto lo dijo Cordero guardando en su lugar las plumas con el libro de cuentas y todos los trebejos de escribir, y tomó después con una mano el sombrero para llevarlo a la cabeza, mientras la otra mano transportaba el gorro carmesí de la cabeza a la espetera en que el sombrero estuvo.

–Vámonos ya, que si no llegamos pronto, encontraremos ocupados los balcones de Bringas.

La joven alzaba la tabla del mostrador para salir con los chicos, cuando la tienda se oscureció por la aparición de un rechoncho pedazo de humanidad que casi llenaba el marco de la puerta con su bordada casaca, sus tiesos encajes, su espadín, su sombrero, sus brazos, que no sabían cómo ponerse para dar a la persona un aspecto pomposo en que la rotundidad se uniera con la soltura.

–Felices, señor don Juan de Pipaón –dijo don Benigno observando de pies a cabeza al personaje–. Pues no viene usted poco majo... Así me gusta a mí la gente de corte... Eso es vestirse con gana y paramentarse de veras. A ver, vuélvase usted de espaldas... ¡Magnífico! ¡Qué faldones!... A ver de frente... ¡Qué pechera! Alce usted el brazo: muy bien. ¡Cómo se conoce la tijera de Rouget! De mis encajes nada tengo que decir... ¡Qué saldrá de esta casa que no sea la bondad misma! Póngase usted el sombrero a ver qué tal cae... *Superlative*... ¡Con qué gracia está puesta la llave dorada sobre la cadera!... Esas medias serán de casa de Bárcenas... ¡Qué bien hacen las cruces sobre el paño oscuro!... Una, dos, tres, cuatro veneras... Bien ganaditas todas, ¿no es verdad, ilustrísimo señor don Juan?... ¡Barástolis! Parece usted un patriarca griego, un sultán, un califa, el rey que rabió o el mismísimo mago de Astrakán.

Conforme lo decía iba examinando pieza por pieza, haciendo dar vueltas al personaje como si éste fuera un maniquí giratorio. Don Benigno y la joven, no menos admirada que él, ponderaban con grandes exclamaciones la belleza y lujo de todas las partes del vestido, mientras el cortesano se dejaba mirar y en silencio asentía, con un palmo de boca abierta, todo satisfecho y embobado de gozo, a los encarecimientos de su persona.

–Todo es nuevo –observó la damita.

–Todo –repitió Pipaón mirándose a sí mismo en redondo como un pavo real–. Mi destino de la Secretaría de Su Majestad ha exigido estos dispendios.

En seguida fue enumerando lo que le había costado cada pieza de aquel torreón de seda, galones, plumas, plata, encajes, piedras y ballenas, rematado en su cúspide por la carátu-

la más redonda, más alborozada, más contenta de sí misma que se ha visto jamás sobre un montón de carne humana.

–Pero no nos detengamos –dijo al fin–; ustedes salían...

–Vamos a casa de Bringas. ¿Va usted también allá?

–¿Yo? No, hombre de Dios. Mi cargo me obliga a estar en Palacio con los señores ministros y los señores del Consejo para recibir allí a...

Acercó su boca al oído de don Benigno, y protegiéndola con la palma de la mano, dijo en voz baja:

–A la francmasona...

Ambos se echaron a reír, y don Benigno se envolvió en su capa diciendo:

–Pues ¡viva la Reina francmasona! El desfrancmasonizador que la desfrancmasonice, buen desfrancmasonizador será.

–Eso no lo dice Rousseau.

–Pero lo digo yo... Y andando, que es tarde.

–Andandito... –murmuró Pipaón incrustando su persona toda en el hueco de la puerta para ofrecerla a la admiración de los transeúntes–. Pero se me olvidaba el objeto de mi visita.

–¿Pues no ha venido usted a que le viéramos?

–Sí, y también a otra cosa. Tengo que dar una noticia a la señora doña Sola.

La joven se puso pálida primero, después como la grana, siguiendo con los ojos el movimiento de la mano de Pipaón, que sacaba unos papeles del bolsillo del pecho.

–¿Noticias? Siempre que sean buenas... –dijo Cordero cerrando y asegurando una de las hojas de la puerta.

–Buenas son... Al fin nuestro hombre da señales de vida. Me ha escrito, y en la mía incluye esta carta para usted.

Soledad tomó la carta, y en su turbación la dejó caer; la recogió y quiso leerla, y tras un rato de vacilación y aturdimiento, guardola para leerla después.

—Y no me detengo más —dijo Pipaón—, que voy a llegar tarde a Palacio. Hablaremos esta noche, señor don Benigno, señora doña Hormiga. Abur.

Se eclipsó aquel astro. Por la calle abajo iba como si rodara, semejante a un globo de luz, deslumbrando los ojos de los transeúntes con los mil reflejos de sus entorchados y cruces, y siendo pasmo de los chicos, admiración de las mujeres, envidia de los ambiciosos y orgullo de sí mismo.

Cuando el héroe de Boteros, dada la última vuelta a la llave de la puerta y embozado en su pañosa, se puso en marcha, habló de este modo a su compañera:

—¿Noticias de aquel hombre?... Bien. ¿Cartas venidas por conducto de Pipaón?... *Malum signum*. No tenemos propiamente correo... Querida Hormiga, es preciso desconfiar en todo de este tunante de Bragas y de sus melosas afabilidades y cortesanas. Mil veces le he definido, y ahora le vuelvo a definir: «Es el cocodrilo que besa».

Dos

¿Por qué vivía en casa de Cordero la hija de Gil de la Cuadra? ¿Desde cuándo estaba allí? Es urgente aclarar esto.

Cuando pasó a mejor vida, del modo lamentable e inicu que todos sabemos, don Patricio Sarmiento, Soledad siguió viviendo sola en la casa de la calle de Coloreros. Don Benigno y su familia continuaron también en el piso principal de la misma casa. La continuada vecindad, y más aún la comunidad de desgracias y de peligros en que se habían visto, aumentaron la afición de Sola a los Corderos y el cariño de los Corderos a Sola, hasta el punto de que todos se consideraban como de una misma familia, y llegó

el caso de que en la vecindad llamaran a la huérfana *Doña Sola Cordero*.

A poco de nacer Rafaelito, trasladose don Benigno a la subida de Santa Cruz, y al principal de la casa donde estaba su tienda; y como allí el local era espacioso, instaron a su amiga para que viviera con ellos. Después de muchos ruegos y excusas quedó concertado el plan de residencia. En aquellos días se casó Elena con el jovenzuelo Angelito Seudoquis, el cual, destinado a Filipinas cuatro meses después de la boda, emprendió con su muñeca el viaje por el Cabo, y a los catorce meses los señores de Cordero recibieron en una misma carta dos noticias interesantes: que sus hijos habían llegado a Manila, y que antes de llegar les habían dado un nietecillo.

Lo mismo don Benigno que su esposa veían que la huérfana iba llenando poco a poco el hueco que en la familia y en la casa había dejado la hija ausente. Pruebas dio aquélla bien pronto de ser merecedora del afecto paternal que marido y mujer le mostraban. Asistió a doña Robustiana en su larga y penosa enfermedad con tanta solicitud y abnegación tan grande, que no lo haría mejor una santa. Nadie, ni aun ella misma, hizo la observación de que había pasado su juventud toda cuidando enfermos. Gil de la Cuadra, doña Fermina, Sarmiento y doña Robustiana marcaban las fechas culminantes y sucesivas de una existencia consagrada al alivio de los males ajenos, siempre con absoluto desconocimiento del bien propio.

Doña Robustiana sucumbió. Las buenas costumbres y el respeto a las apariencias morales, que no sin razón auxilian a la moral verdadera, no permitían que una joven soltera viviese en compañía de un señor viudo. Fue necesario separarse. Don Benigno tenía una hermana vieja y solterona, avecinda-

da en Madrid, medianamente rica, y de cuya suavidad, semejante a la de un puerco-espín, tiene el lector noticia. Poseía doña Cruz Cordero un carácter espinoso, insufrible, inexpugnable como una ruda fortaleza natural de displicencia, artillada con los cañones de las palabras agrias y duras. No se llegaba al interior de tal plaza ni por la violencia ni por el cariño. No se rendía a los ataques ni se dejaba sorprender por la zapa. El pobre don Benigno apuró todos los medios para conseguir que su hermana se fuera a vivir con él, a fin de constituir la casa en pie mujeril y poder tener a su lado a Sola sin miedo a contravenir las prácticas sociales. Pero doña Cruz hacía tan poco caso de la voz de la razón como de las voces del cariño, y se fortalecía más cada vez en el baluarte de su egoísmo. Todo provenía de su odio a los muchachos, ya fueran de pecho, ya pollancones o barbiponientes. En esto no había diferencias: aborrecía la flor de la humanidad, cualquiera que fuese su estado, y seguramente se dudara de la aptitud de su corazón para toda clase de amor si no existiesen gatos y perros, y aun mirlos, para probar lo contrario.

Si no pudo conseguir don Benigno que doña Cruz fuese a vivir con él, logró que admitiese en su compañía a Sola, no sin que pusiera mil enojosas condiciones la vieja. A tal época pertenecen los apuros de don Benigno, su soledad de padre viudo entre biberones y amas de cría, y otros ruines trabajos que hemos descrito al principio de esta narración. La de Gil de la Cuadra ayudábale un poco durante el día, pero no en las noches, porque doña Cruz había hecho la gracia de irse a vivir al extremo de la Villa, lindando con el Seminario de Nobles; rarísima vez visitaba a su hermano, y esto en horas incómodas.

Llegó un día en que la paciencia de don Benigno, como todo aquello que ha tenido largo y abundante uso, tocó a su

límite. Ya no había más paciencia en aquella alma, tan generosamente dotada de nobles prendas por Dios. Pero aún había, en dosis no pequeña, la decisión para acometer grandes cosas: la bravura de la acción unida a la audacia del pensamiento, que en una fecha memorable le pusieron al nivel de los más grandes héroes.

So pretexto de una enfermedad grave, Cordero hizo venir a doña Crucita a su casa, y luego que la tuvo allí, le endilgó este discurso, amenzándola con una gruesa llave que en la mano tenía:

—Sepa usted, señora doña Basilisco, que de aquí no se saldrá si no es para el cementerio, siempre que no se conforme a vivir en compañía de su hermano. Solo estoy y viudo, con hijos pequeños y uno todavía mamón. Dígame si es propio que yo abandone los quehaceres de mi comercio para arrullar muchachos, teniendo, como tengo, dos mujeres en mi familia que lo harán mejor que yo... ¡Silencio, porque pego!... De aquí no se sale.

Doña Crucita alborotó la casa, y aun quiso llamar a la justicia; pero don Benigno, Sola y el padre Alelí, que era muy amigo de ambos hermanos, lograron calmarla, para lo cual fue preciso anteponer a las razones la traslación de todos los bichos que en su morada tenía la señora, añadiendo a la colección nuevos ejemplares que Cordero compró para acabar de conquistar la voluntad de la *paloma ladrante*. Al digno señor no le importaba ver su casa convertida en un arca de Noé, con tal de tener en ella la compañía que deseaba.

Desde entonces varió la existencia de Cordero, así como la de Sola. Aquél volvió a sus quehaceres naturales. Los chicos tuvieron quien les cuidara bien, y todo marchó a pedir de boca. Crucita, sin dejar de renegar de su hermano, de los

endiablados borregos y del insoportable ruido de la calle, se fue conformando poco a poco.

Pronto se conoció que el gobierno de la casa estaba en buenas manos. Sola la encontró como una leonera y la puso en un pie de orden, limpieza y arreglo que inundaba de gozo el corazón de don Benigno. Ni aun en tiempo de su Robustiana había él visto cosa semejante. Ya no se volvió a ver ninguna pieza descosida sobre el cuerpo de los Cordeillos, ni se echó de menos botón, faja ni cinta. Ninguna prenda ni objeto se vio fuera de su sitio, ni rodaba la loza por el suelo, ni subía el polvo a los vasares, ni estaban las sillas patas arriba y las lámparas boca abajo. Todo mueble ocupó su lugar conveniente, y toda ocupación tuvo su hora fija e inalterable. No se buscaba cosa alguna que al punto no se encontrara, ni se hacía esperar la comida ni la cena. Los objetos preciosos no podían confundirse con los últimos cachivaches, porque había sido inaugurado el reinado de las distancias. El latón brillaba como la plata, y el cerezo tenía el lustre de la caoba. Don Benigno estaba embelesado y repetía aquel pasaje de su autor favorito: «Sofía conoce maravillosamente todos los detalles del gobierno de la casa, entiende de cocina, sabe el precio de los comestibles y lleva muy bien las cuentas. Tiene un talento agradable sin ser brillante, y sólido sin ser profundo... La felicidad de una joven de esta clase consiste en labrar la de un hombre honrado».

La casa era grande, tortuosa y oscura como un laberinto. Había que conocerla bien para andar sin tropiezo por sus negros pasillos y aposentos, construidos a estilo de rompecabezas. Sólo dos piezas tenían ambiente y luz, y en una de ellas, la mejor de la casa, fue preciso instalar a Crucita con las doce jaulas de pájaros que eran su delicia. No faltaba en el estrado ningún objeto de los que entonces constituían el lujo, pues a